

Temas americanos en la Literatura de Caña y Cordel

EL CANCIONERO AMERICANO CATALAN

(Continuación)

EL TANGO AMERICANO

II Parte

Pobe Fasica se vá casá
Sin tener ropa ni tener náa,
Su amo branco le va robá
La lotería que va sacá.

Coro

Marimarigongo choquil choquil
Sibiribirit bailá
Marimarigongo doqui
Cuéstia! ósfea! oyacua, táu!
Fasica llora el neguito.
Guarapo chupe que duce está:
Y pidé ma ñame-ñame
Guarapo chupe que duce está!
Tú dale la teta gorda
Guarapo chupe que duce está
Al nego para que mame,
Guarapo chupe que duce está.
Al guarapo bueno y duce guaná!
Que mame mamey mamita
Guarapo chupe que duce está
Que si chupa la tetilla
Rechupa y chupa y no saca naá.

LA AMERICANA

Una Jibara es hermosa
Con su tez azabachada
Su seductora mirada
Y su palabra amorosa.
Busca en la palmera umbrosa
Densa sombra y fresco viento.
Para gozar un momento
De sus gratas ilusiones;
Mientras danzan a montones
Los negritos, con contento.

Arrogante como un rey
Llega el Jibaro querido
Y la ofrece complacido
Marañones y mamey.
Para su amor no hay ley;
Y es tanta su voluntad,

Que, en su ignota soledad,
Desafían con valor
A su sol abrasador
Y a la cruda tempestad.

Las canciones de danza de tema americano fueron fugaces y no sobrevivieron las postrimerías del periodo romántico. A excepción de la del *Loro de Veracruz*, que aún hemos escuchado en nuestras búsquedas etnográficas y quizás alguna otra no sobrevivieron mucho al siglo pasado. Las gentes de mar de la Costa Brava, pescadores en su mayoría, cantan aún un buen repertorio de canciones ochocentistas de danza las más de ellas americanas y habaneras de aire bien romántico pero no recordamos haber oído ninguna de las incluidas en este *Cancionero* ni otra alguna de su tema.

Aparte de las canciones de danza existen algunos romances más bien narrativos y descriptivos, el más popular de los cuales es el de *Pancho el Negro*, que transcribimos a continuación:

PANCHO, EL NEGRO

Relación histórica de lo acaecido hace poco tiempo en una población de América por la ambición de un tutor en contra de una pupila.

En cierta población de América,
cuyo nombre me reservo,
víctimas de la epidemia
un matrimonio murieron
dejando en tierna orfandad
a una niña, como un cielo,
que de edad solo contaba
unos seis años y medio;
y era única heredera
de un capital muy inmenso.
Sus padres la confiaron
a un colono, ya algo viejo,
que hacía muy pocos años
dirigía sus ingenios.
Este se constituyó
desde aquel mismo momento
en único apoderado
y tutor al propio tiempo
de la pequeña Tula;
llamado don Heriberto.

Hombre de corazón duro
fue los ingenios rigiendo
y administrando los bienes,
con deshonroso provecho
de sus propios intereses;
mas no le bastó con esto.
Maquinó una noche el crimen
más horroroso y tremendo
que narra la humanidad
en sus fábulas y cuentos.
Las dos lanzaba al aire
la campana de algún templo;
la noche estaba tranquila,
limpio y claro el firmamento.
Tula en su lecho de pluma
dormía el hermoso sueño
de la inocencia más pura
cuando el vil don Heriberto,
con la tempestad que rugía
en su corazón de cieno,
silencioso como el gato,
decidido ya y sin miedo,
dejó la cama de un salto.
Se fue al velador con tiento,
encendió una lamparilla,
abrió un secreter luego,
tomó de él un puñal,
puso en su hoja veneno
y a la cámara de Tula
dirigió su paso trémulo.
La puerta estaba entornada,
poco a poco la va abriendo;
la luz de la lamparilla
le alumbraba ya el corto trecho
que de Tula le separa.
Se le erizan los cabellos;
pero a consumir el crimen
aún se encuentra resuelto.
Tula tendida en la cama,
y descubierto su seno,
entreabría sus labios
una sonrisa imprimiendo.
¡Pobre niña de diez años,
la muerte se está cerniendo
encima de su cabeza
por la ambición de un viejo!
Con satánica mirada
recorre don Heriberto
todo el ámbito del cuarto,
parándose junto al lecho.
Levanta su airado brazo...
mas ¡ay! no deja caerlo.
Como una estatua enclavado
permanece largo tiempo.
Le asalta una nueva idea,
un pensamiento más bueno;
y algo tranquilo murmura:

«—Eso es; así; aguardemos
unos cinco años más
y así su sangre no vierto.»
Sale a prisa de la estancia,
el puñal deja en su puesto,
apaga la lamparilla
y en su cama entra de nuevo.
Pensaba matar a Tula
para ser su heredero
y cuando el arma homicida
iba a clavarle en el pecho,
como una visión celeste
le pareció durmiendo
en medio de una aureola
su rostro mucho más bello.
Entonces determinó
para lograr su objeto
aguardar cinco años más,
calculando en sus adentros
que cuando Tula tendría
quince meses de febrero
no conociendo el amor
ni del mundo los festejos
él la haría su esposa
sin obstáculos ni empeños.
Tan pronto se levantó
de la cama, fue a un ingenio;
y con mucho aplomo y calma
llamó hasta él a un negro.
Este se llamaba Pancho,
encargándole severo
que vigilase a la niña
de continuo; y añadiendo:
«—La edad de las pasiones,
en países como el nuestro,
es prematuro en las niñas;
vigila y habrá dinero,
mas si te descuidas, palo,
que yo doy lo que prometo.»
Pancho pues fue el centinela
de la niña, sin saberlo
ella, ni aún sospecharlo.
Así fue pasando el tiempo,
Tula creciendo en edad;
Pancho cobrándola afecto.
Una tarde de verano
iban los dos de paseo,
cuando un joven militar,
español y caballero,
entabló conversación
con la niña y con el negro.

(Continuará)

Juan Amades